

Nadie podrá justificar que tiene una fórmula irresistible para curar al mundo de los males de la guerra. Pero, si entre los vencedores prevalece la idea de que sus estadistas la poseen, de seguro que no encontraremos el camino de la paz. Otra cosa sería disponer los negocios mundiales a manera de evitar el error de las reparticiones territoriales, ocupaciones permanentes, zonas de influencia y otras proposiciones semejantes.

La responsabilidad de las democracias aliadas corre pareja con el esfuerzo y los sacrificios realizados para conquistar el triunfo de las armas, ya que disponen de la más grande oportunidad de este siglo para constituir un Gobierno universal de los hombres, sin más alternativa que realizar esta idea, o seguir alimentando la guerra con miserias de donde nacen injusticias, despotismos y locuras militaristas.

No hay fórmula capaz de contener la paz si no se mide a través de la posibilidad de tratar los problemas económicos, sociales y políticos de todos los pueblos como si se tratase, como en efecto se trata, de una misma raza: humanidad entera.

UNIVERSIDAD. No. 3  
Monterrey, N. L., septiembre de 1944.

## NUEVA GENERACION

En las zonas más altas de la vida mexicana —economía, gobierno, educación— la iniciativa creadora está ya en las manos de los últimos hombres que alcanzaron a participar o fueron testigos de la lucha armada de la revolución mexicana. En diez años más asistiremos al completo reemplazo de esta generación que dejó hecho un programa de vida nacional: la revolución mexicana.

La serie de acontecimientos que se vienen sucediendo en México desde 1910 integran una realidad de tipo colectivo que se ha traducido en cosas y transformaciones sociales, irrevocables. Esto es lo que constituye objetivamente el programa histórico de la revolución, cualesquiera que sean los desfallecimientos personales o las inflexiones de la dirección original. En el orden subjetivo estos mismos hechos de nota distintiva en nuestra existencia histórica encuadran justamente con el principio, medio y fin de una generación. En consecuencia, se impone su tratamiento histórico como una individualidad humana de caracteres unitarios, una generación.

En otras palabras: para reconstruir la figura del hecho histórico pueden seguirse dos líneas de investigación, una que va por el contorno y se ciñe al propósito realizado, del lado en que caen las cosas y los hechos definitivos, calca el perfil del movimiento y obtiene una visión objetiva. Así, esa temporada mexicana se define por la reforma agraria, la legislación obrera, la nacionalización del subsuelo y el socialismo de Estado.

Por una vertiente interior al fenómeno, más íntima y subjetiva, que se coordina con la anterior, se va a dar con el propósito o la intención que sin cumplirse totalmente en la realidad, ha servido como piloto de la acción, algo que se condensaría vagamente en la expresión de espíritu histórico o generativo de todo el proceso.

De estos procedimientos de examen histórico nos interesa particularmente el último, por la circunstancia prime-

ramente señalada, o sea, que estamos a punto de asistir en México a un tránsito, a un paso de generaciones; y aun cuando los que vengan en seguida de los actuales responsables de la vida mexicana heredarán cosas ya hechas, es problemático cuáles serán los caracteres espirituales de la nueva época y de la nueva generación.

¿Hasta qué punto puede ocurrir un fenómeno de simple prolongación histórica, como la representada por la juventud que se incorporó al Porfirismo, aun cuando ahora los términos en aproximación sean otros; o ¿podrá darse una variación que siendo fiel a la especie paterna, introduzca una modalidad que lleve al individuo histórico, a la Nación, a una capacidad superior?

No sería fácil dar una respuesta directa a esta inquietante interrogación, así contásemos con métodos modernos de exploración de la conciencia juvenil a la manera norteamericana, y la razón es obvia: para la inmensa mayoría, los motivos de la conducta individual no afloran a la conciencia, pero ni siquiera existe una estructura de motivaciones personales, sino que la inspiración se toma de vertederos sociales: de los hábitos de trabajo o de los derivados de la agrupación social en que el joven queda situado por y a través de la familia, la escuela y el círculo de sus amistades.

No podemos anticipar de una manera precisa qué fruto se estará preparando de la germinación histórica ya iniciada en esa nueva generación, pero sí, en cambio, formular un esquema de los problemas que tiene por delante esa juventud.

En primer lugar está la herencia material del pasado, que no puede quedar vacante: habrá que proseguir, en este orden de cosas, la ampliación de la base agrícola de México para dotar al hombre de un bienestar compatible con los recursos civilizados de la vida; la extensión de beneficios colectivos a los que sólo cuentan con su trabajo; el incremento de la capacidad productiva del país mediante el uso del mejor equipo industrial, adiestramiento téc-

nico y provisión financiera; la capitalización nacional de las materias primas y energías fundamentales, para desarrollar un programa económico que abrigue a nuevas generaciones con una actividad sana, más generosa y fecunda que la de hoy.

La magnitud de estos problemas, dada la distancia a que nos hallamos de su cumplimiento es para consumir el esfuerzo de varias generaciones. Sin embargo, nos quedaríamos a la mitad de nuestro intento si ahí radicásemos todo el destino de un grupo humano que pretenda representar una nueva modalidad de la historia mexicana. Muchos ciertamente harán bien al país y a sí mismos entregándose a la prosecución de esa obra: la edificación de la vivienda de México. Pero, ¿y no habrá nada más que sumar cosas a las cosas y esperar el fruto de la planta humana?

Para entregar nuestra voluntad a la fábrica de la comodidad nacional, por espléndida que parezca, hace falta una intención que se deje ganar por un mensaje humano que sirva de enlace entre las generaciones mexicanas, una palabra que sea fruto y a la vez simiente. Cualquier habitación que se construya sin ese significado hará las veces de campamento, provisional hasta la nueva orden de marcha, como viene sucediendo desde siglos.

En punto a ello, no tenemos algo así como una estructura espiritual homogénea ya organizada por nuestro pasado y que sirva de apoyo para prolongar en una simple variación el tema de la vida mexicana. Esta condición nos impone una extrema dureza y dificultad a la tarea, pero es motivo de mayor libertad y permite un juego más amplio a la imaginación y a otros recursos más espontáneos o primitivos. Mientras en nosotros siguen librando una intensa contienda todos los elementos de nuestro pasado, a otros pueblos les basta dejar correr el río de su lenguaje para estar de acuerdo consigo mismos y con su porvenir. Quizá el aislamiento mundial de México ha ido reservando los jugos más fértiles para una hora que va de-

jando de ser incierta, a cuya altura de oportunidad quedará medida nuestra inteligencia y capacidad como ejecutores de una promesa histórica.

Esta circunstancia hace imposible que se reproduzca un tipo de sucesión como la habida entre los jóvenes que sucedieron a la Reforma y se incorporaron a la paz del Porfirismo. Y más aún si se toma en cuenta que la Revolución Mexicana puso en libertad una inmensa energía al aniquilar aquel ensayo de cultura cosmopolita, de franca represión a lo indígena. La espontaneidad de movimientos y la intensidad imaginativa que provocó quedará como adquisición en la nueva juventud, a la cual resulta impracticable proponer como fórmulas de trabajo nacional escuetamente la técnica, la ciencia o un código moral de buenas familias. Vendrán estas cosas por añadidura, cuando primeramente hayamos puesto al hombre mexicano en su propio tema de vida y de cultura.

Otro resultado que ya se puede apreciar para este momento es la caducidad de ciertos dilemas de la conciencia mexicana: militarismo y civilismo; partido liberal y clericalismo, más otros ismos derivados de la contienda revolucionaria; pero especialmente, esa polémica atrasada entre los motivos indígenas e hispanistas. A este propósito vale la pena decir que el indígena, con su mera presencia, ha protegido a México más de lo que lo hubieran hecho gobiernos de inspiración colonial, del tipo que fracasó a raíz de la Independencia. Conste, así mismo, que España está más cerca de nosotros que nunca, y eso en la medida en que somos más espontáneos y menos conscientes de una imitación formal.

A manera de compromiso entre ambos extremos se ha insinuado una fórmula de inspiración de la cultura mexicana en el mestizaje. Pero esta expresión vaga y que se refiere a una realidad movediza, no es capaz de sintetizar la riqueza y variedad de matices que se ocultan en el fenómeno que superficialmente indica. Más que de un tipo racial único, se trata de una novedad social y espiritual

que se está produciendo en gran escala en todo el país, sólo que los más notorios ejemplares de esa tendencia son los individuos de condición mestiza; pero no están excluidos del fenómeno los de ascendencia blanca o indígena.

Lo más interesante de este proceso de precipitación y desplazamientos sociales está, a mi ver, en el hecho de que su influencia se advierte como una mayor proximidad de México consigo mismo. Por todos lados se observa una nueva conciencia nacional más alerta, viva y audaz. Aquella deprimente sensación de inferioridad va cediendo a un estado de ánimo más seguro de sí mismo, combativo y sereno. Y entre las cosas que puede traer este cambio espiritual no será la de menor importancia, la estructuración de una nueva manera de ver las cosas y el hombre mexicanos.

Y es allá a donde vamos con la misión que le toca desempeñar a una nueva generación. Es necesario comprender que está a punto de derrumbarse todo un estilo de la conciencia nacional por el empuje ascendente de hábitos, gestos y actitudes que se vienen abriendo paso cada vez con mayor aplomo y confianza de sí mismos. Entre otras señales indicativas de lo que ocurre, está la transformación de la provincia mexicana. No una, sino diez o quince ciudades de la República han asumido la responsabilidad de su propia vida espiritual y material, como llegadas a la mayoría de edad; y todo el país está cruzado por cordilleras de organizaciones nacionales que han elevado el tono de comunidades anteriormente aisladas y remisas a participar en la vida colectiva. La ciudad de México que antes se sentía provincia del mundo, preside ahora con recursos mentales de Capital una vida más rápida, intensa y enérgica de todo el país. Se percibe un sentimiento nacional que se confía a su propio instinto y crea obra mexicana sin pedir inspiración a los materiales acumulados por la tradición cultural y política.

Hará falta imaginación, intenso trabajo inventivo y no sólo reproductor de cosas muertas, obras humanas de re-

creación de la herencia cultural: lenguaje, documentos históricos, artes y ciencias. En la más modesta porción de la realidad mexicana hay una tarea por cumplir. Está señalada de antemano por el avance de la vida instintiva y consiste en salir al encuentro de cada paso de aquella, con una provisión de energía espiritual que trace y edifique para el hombre, librándole de caer en la condición de un hormiguero cómodo y bestial, o quizá incómodo pero también estúpido.

ARMAS Y LETRAS. No. 5. Año III.  
Monterrey, N. L., mayo de 1945.

## UNA FILOSOFIA ADANICA

El historicismo ha venido a formar un solo cuerpo con el pensamiento del hombre occidental, al grado de ser inevitable recurrir a su ayuda para explicar teorías y fenómenos humanos por muy lejanos que sean aparentemente a la zona de su influencia. El pensar histórico se ha movido de instrumento a uso de la interpretación, a la condición de ley y necesidad interna de la realidad y con esto al de expresión de la desesperanza de nuestro tiempo.

Primero como una forma del pensamiento inadvertida para el mismo historiador; sometida luego, como tal forma, a las exigencias del pensamiento físico matemático; y, finalmente, reobrando sobre sus productos para extraer un principio libre, espontáneo y suficiente, más allá de las causas y los efectos parciales, inaccesible al movimiento y moviendo sin embargo a todos los seres; tal es el recorrido de la Historia: arte narrativa, Física y Metafísica de hoy día.

No sería posible en el espacio de este ensayo seguir las variaciones individuales y los pormenores del desarrollo que han conducido a la conciencia europea por un itinerario, feliz hasta hace poco y que ahora se revela como peligro intelectual y estímulo de reflexión. Bastará mostrar las incidencias decisivas, las grandes flexiones de la sensibilidad y su ilustración filosófica, para tener a la vista las piezas de convicción que nos permitirán ensayar un juicio sumario de los hechos y de las ideas que intervienen en el historicismo. ¿Algo más que un pensamiento, acaso un estado de desesperación y de aniquilamiento?

En la antigüedad se practicó la Historia como arte narrativa sin admitir otra variación que la misma del relato, el tiempo exterior necesario para situar el pasado en una perspectiva visible desde el presente. La sensibilidad de la época y la del propio historiador verificaban el pretérito con el candor de quien toma sus ideas como cifras viables para siempre, con las cuales se hace la cuenta definitiva del hombre y del mundo. Un sentimiento de